

Los hombres cambiantes, los machos impenitentes y las relaciones de género en México en los noventa

Matthew C. Gutmann

ACTUALMENTE, LA MAYORÍA DE los niños varones de cinco años de edad de la Estancia Infantil de San Bernabé, que se ubica en la colonia Santo Domingo, Coyoacán, de la ciudad de México, participan alegremente en el juego "lavando la muñeca". Según Aurora Muñoz, la directora de la estancia, los varones también barren, riegan las plantas y recogen la basura. Cuando empezó a trabajar en San Bernabé, en 1982, muchos niños se quejaban: "¡Solo las viejas hacen eso!" Para Aurora Muñoz, este cambio está vinculado al hecho de que, como comentan los mismos niños, sus hermanos mayores y sus padres hacen todo eso ahora. Entonces, ¿por qué no también ellos?

En este ensayo quisiera compartir algunos de los primeros resultados de mi estudio acerca de las identidades masculinas en la colonia popular de Santo Domingo, donde en 1992 inicié un trabajo etnográfico sobre las identidades masculinas.¹ Apenas he empezado con el análisis

¹El trabajo de campo etnográfico, 1992-1993, fue realizado con becas de Fulbright-Hays DDRA, Wenner-Gren Foundation, National Science Foundation, Institute for Intercultural Studies, UCMEXUS, el Center for Latin American Studies y el Departamento de Antropología de la Universidad de California, Berkeley. La investigación continúa con una beca del National Institute for Mental Health.

Agradezco al Centro de Estudios Sociológicos, al Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México y al Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, su apoyo institucional durante mi estancia en la ciudad de México.

Secciones del artículo fueron presentadas en conferencias ofrecidas en Oaxaca, Puebla y la ciudad de México en la primavera de 1993. Agradezco a los asistentes sus comentarios y críticas. También quisiera agradecer a Pedro Lewin y a Nelson Minello por corregir mi traducción al español del artículo.

profundo; este artículo representa, entonces, consideraciones preliminares sobre el tema y no una conclusión final y comparativa.

En las ciencias sociales y en la literatura popular en y sobre México, el hombre mexicano, sobre todo si proviene de las clases bajas, frecuentemente es presentado como el arquetipo del machismo, una expresión que invariablemente provoca una imagen de sexismo virulento.²

En mi opinión, las clasificaciones de "hombres mexicanos" y "hombres latinoamericanos" son anacronismos. Categorías tan generales como éstas niegan diferencias importantes que existen entre regiones, clases sociales, generaciones y grupos étnicos, en México y en otras partes de América Latina. Stanley Brandes, en su estudio sobre poder y persuasión en los rituales en Michoacán, es uno de los pocos que ha señalado que: "Después de muchos años, he llegado a la conclusión de que Tzintzuntzan y toda la región del lago de Pátzcuaro, no concuerda con el retrato usual de las ciencias sociales sobre el machismo mexicano" (Brandes, 1988:30).

No obstante la diversidad de identidades masculinas, existen al mismo tiempo semejanzas notables entre hombres que comparten ciertas experiencias socioculturales e históricas, lo cual nos permite realizar generalizaciones sociológicas. Es decir, hay mucha variación, pero no somos simplemente individuos. Para examinar las identidades masculinas mexicanas, y para determinar si y cómo éstas se transforman, exploraré aquí las diferencias intergeneracionales en cuanto a lo que hoy en día significa *ser hombre* en un sector del proletariado de la capital de la República Mexicana. Parafraseando a Fredric Jameson: hay mucho que es lamentable y reprehensible en una imagen que por medio de estereotipos abole efectivamente cualquier sentido práctico del futuro y del proyecto colectivo, y de esa manera abandona el pensamiento en el cambio futuro a fantasías inalcanzables (véase Jameson, 1984:85).

La historia de la colonia Santo Domingo es un buen escenario para examinar la certeza y las características de los cambios con respecto a las relaciones de género en la sociedad mexicana y, más específicamente, cómo las actitudes y los comportamientos de los varones son vividos y percibidos hoy en día por mujeres y hombres en forma diferenciada. Antes de 1971, Santo Domingo era casi pura roca volcánica, vegetación silvestre, cuevas, víboras, tarántulas y alacranes. La migración desde el campo empobrecido y otras partes de la capital y la escasez de vivienda en las ciudades, hicieron que en sólo 24 horas, en 1971, más de 5 000 familias paracaidistas invadieran esta zona de lava volcánica inhóspita e inhabita-

² Véase Ramos (1992); Paz (1992); Stevens (1973); Mernissi (1987); Gilmore (1990).

da en los pedregales del sur del Distrito Federal; es todavía la invasión más grande en la historia de América Latina.

Tanto en Santo Domingo como en otras regiones urbanas y rurales de América Latina, han surgido movimientos populares en torno a la solución de servicios sociales y se han convertido, incluso, en fuerzas políticas de gran peso. Dentro de estas luchas populares, las mujeres han desempeñado generalmente un papel activo de militancia, y a veces de liderazgo.

El cambio “por necesidad”

En gran medida, esta actividad de las mujeres refleja, por un lado, el hecho de que la mayoría de los hombres sólo encuentran trabajo fuera de la colonia, y por otro lado, que son las mujeres, más que los hombres, quienes tienen la responsabilidad de resolver las privaciones diarias en el barrio. Al mismo tiempo que Santo Domingo luchaba para establecerse durante los años setenta y ochenta, sucedió otro cambio en la sociedad mexicana que afectó las relaciones entre los hombres y las mujeres, y en consecuencia, las propias identidades de los hombres: una cantidad inédita de mujeres empezó a trabajar por dinero fuera de la casa.

La explicación más frecuente que ofrecen los colonos, tanto hombres como mujeres de varias edades, en cuanto al porqué muchos hombres asumen ahora más responsabilidad en las tareas domésticas —anteriormente la esfera casi exclusiva de la mujer— es muy sencilla, “por necesidad”. Lo que generalmente quieren decir es que se ha vuelto necesario para maridos y esposas tener un empleo remunerado, sobre todo después de la crisis económica de 1982. Sin embargo, lo que pocos hombres plantean, pero que muchas mujeres afirman con gusto, es que *por necesidad* también sintetiza conceptualmente el proceso por el cual la mujer obliga al hombre a asumir algunas de las responsabilidades domésticas. Es decir, en términos de los cambios de las actitudes culturales relacionadas con la tarea doméstica, es la mujer quien frecuentemente cambia primero, y luego intenta cambiar a su hombre.

Platicaba con un amigo, en su casa, cuando éste lavaba los trastes, y le pregunté si siempre había hecho este quehacer. Se puso a pensar un rato, y me dijo: “Empecé haciéndolo hace cuatro años y dos meses.” Escéptico por naturaleza y sorprendido por la precisión de la respuesta, le pregunté cómo podía recordar tan claramente su iniciación en esta tarea. “Muy sencillo”, me contestó con ánimo, “eso fue cuando mi vieja comenzó a trabajar todo el día. Antes [ella] estaba mucho más en la casa”.

En 1990, alrededor de 30% de las mujeres capitalinas tenía trabajo

remunerado, porcentaje que es ligeramente menor a 20% para el país en su conjunto. Las estadísticas por grupo quinquenal de edad son aún más impresionantes, más de 40% de las mujeres entre 40 y 44 años en la ciudad de México, todavía es "económicamente activo", aunque en toda la República sólo lo es 22% de las mujeres de las mismas edades (véase los cuadros 1 y 2).³

Cuadro 1

La participación de la población económicamente activa entre hombres y mujeres (porcentaje de la población total mayor de 12 años), ciudad de México y Estados Unidos Mexicanos, 1990

	<i>Ciudad de México</i> %	<i>E.U.M.</i> %
Mujeres	30.66	19.58
Hombres	66.81	68.01
Total	47.63	43.04

Fuente: *XI Censo General de Población y Vivienda, 1990*, resumen general, cuadro 27, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, p. 316.

Cuadro 2

La participación de la población económicamente activa entre hombres y mujeres, por grupos quinquenales de edad, ciudad de México y Estados Unidos Mexicanos

<i>Grupos de edad</i>	<i>Mujeres</i> %	<i>Hombres</i> %	<i>Total</i>
Cd. de México			
20-24	40.14	69.61	54.28
25-29	44.85	88.97	65.96
30-34	43.94	94.48	67.75
35-39	43.22	95.42	67.71
40-44	41.06	94.93	66.37

³ Véase la discusión sobre cifras anteriores en García, Muñoz y Oliveira (1982), pp. 34 y ss.

Cuadro 2 (conclusión)

<i>Grupos de edad</i>	<i>Mujeres %</i>	<i>Hombres %</i>	<i>Total</i>
México			
20-24	29.10	77.10	52.02
25-29	28.42	89.32	57.43
30-34	26.87	92.11	58.10
35-39	24.85	92.18	57.35
40-44	22.56	91.17	56.00

Fuente: *XI Censo General de Población y Vivienda, 1990*, resumen general, cuadro 27, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, p. 316.

Gilberto Echeverría, un abuelo de 76 años, me ofreció su propia interpretación de los cambios reflejados en las estadísticas:

Antes, todo fue más natural. Por 40 años yo ganaba para mantener a la familia como albañil; y mi esposa, antes de fallecer, manejaba todo en la casa. Ahora —me dijo en tono meditativo—, ahora el chiste es saber quién es quién. Mi hija también está ganando lana, y mi yerno le ayuda todo el tiempo en la casa.

No es raro encontrar en Santo Domingo a los maridos y papás de 30 años que lavan los trastes, cambian los pañales, compran las verduras y hacen otras tareas semejantes. A un empleado de la UNAM, que se encuentra cerca de la colonia, le gusta jactarse:

pues, a veces me toca comprar las toallas femeninas para mis hijas. Y te digo, no tengo el menor problema haciéndolo como todavía tendrían algunos cuates. ¡Pero al menos si me dijeran cuál marca quieren! Pos sí, no voy a pararme como pendejo buscando entre todos los productos de mujeres.

Sin duda que ahora es más común que nunca ver a los hombres en la colonia participando en la mayoría del quehacer en la casa. Una excepción obvia puede ser guisar. Para los hombres y para muchas mujeres de distintas clases sociales del Distrito Federal, es normal considerar la cocina como el espacio más típicamente femenino. Por eso rara vez se ve al hombre preparando la comida, aunque los varones de la generación más joven sí cocinan cuando no están sus esposas, mamás o hermanas, y a muchos les gusta guisar en los días festivos o para las fiestas. Algunos explican que las mujeres no les permiten cocinar; muchas mujeres dicen que sus esposos son “rebuenos” para las excusas.

Los cambios parciales y recientes en la división del trabajo en muchas unidades domésticas, en Santo Domingo, no reflejan simplemente las transformaciones económicas, sino también las culturales relacionadas con lo que significa ser hombre. La expresión utilizada por casi todos para describir las actividades domésticas de los hombres en la casa es *ayudar a la esposa*.⁴ Ésta es otra indicación de las tareas realmente cumplidas, así como también de los valores culturales que siguen prevaleciendo acerca de las mismas, tanto por las mujeres como, a veces, por los hombres. Generalmente, estos últimos no comparten igualmente estas responsabilidades, ni en el discurso ni en los hechos. Muchos consideran que la división cultural del trabajo entre mujeres y hombres es importante, por lo cual continúan ejerciéndola. Además, y en relación con su posición privilegiada dentro de la sociedad mexicana, algunos hombres, en particular, se confiesan mutuamente haberse aprovechado de la situación, atribuyendo esto a la energía natural de las mujeres y a la flojera innata de los hombres.

Los papás y sus hijos

Todavía más que el quehacer, guisar o comprar la comida, la crianza y el cuidado de los niños son considerados por algunos investigadores como el dominio habitual, y frecuentemente exclusivo, de las mujeres. Por ello, el grado en el que mujeres y hombres comparten la crianza de los hijos suele ser visto como una prueba clave del alcance de la igualdad genérica de una sociedad; pensemos, por ejemplo, en la socióloga Nancy Chodorow (1978) y la filósofa Sara Ruddick (1989). Como veremos, estimo que la participación en la crianza de los hijos es seguramente una manera de medir la igualdad genérica, pero quizás un barómetro menos infalible de lo que ha sido propuesto.

Así, Margaret Mead definió que el aspecto humano distintivo era “el comportamiento nutritivo-educativo del macho, quien entre todos los seres humanos del mundo ayuda a proveer la comida para las hembras y los niños” (Mead, 1975:188). Aunque la situación en varias colonias populares de la ciudad de México no se aproxime a la clasificación idílica de Mead, sí existe una gran diversidad en los patrones de crianza de los hijos, especialmente en relación con los papeles desempeñados por

⁴ Es interesante señalar, como reflejo evidente de patrones culturales, que muchas mujeres que trabajan tiempo completo usan la misma expresión al revés: dicen que “ayudan” a sus parejas con el gasto.

los hombres con los hijos. A mi juicio, el análisis de esta variedad cuestiona las conclusiones teóricas de Chodorow y otras investigadoras que se basan en los estudios de sectores medios en Estados Unidos.

Específicamente, he encontrado que: 1) la participación activa masculina en la crianza de los hijos *no* significa necesariamente que sea mejor (o peor) la situación de la mujer, y 2) puede ser que la participación más activa por parte de los hombres en la crianza de los hijos tenga mayor correlación con factores como la clase social, la época histórica o la generación.

Es claro, de todas maneras, que en Santo Domingo las mujeres, generalmente, pasan mucho más tiempo que los hombres con los hijos, y que para muchas mujeres y muchos hombres, los niños, sobre todo los chiquititos, deberían estar con su mamá o con otras mujeres. Aún más, cuando son interrogadas por los entrevistadores censales, la mayoría de las mujeres en las clases populares afirman que su ocupación es “hogar” y “ama de casa”. Claro está que todavía las mujeres son los adultos más responsables de la crianza diaria de los hijos en la mayoría de las unidades domésticas. Oscar Lewis ha precisado que en el pueblo de Tepoztlán de los años cuarenta “la participación real del marido en los asuntos de la familia y la unidad doméstica es mínima [...] salvo algunos casos excepcionales, el marido no tiene nada que ver con la casa o con los hijos” (Lewis, 1951:321).⁵ Sin embargo, en algunas regiones rurales de México, por mucho tiempo los hombres han jugado un papel especial en la crianza de los hijos varones, especialmente cuando éstos han alcanzado una edad en la que pueden ayudar a sus papás (o al menos no interferir) en la siembra y la cosecha.

En las ciudades, algunos hombres hablan con gran placer de tener empleos que les permitan pasar tiempo con sus hijos cuando trabajan, tales como los que reparan muebles o los zapateros que tienen sus talleres en sus casas, u otros como los mecánicos que trabajan en la calle, delante de sus hogares. Además, es común encontrar en las unidades domésticas que los hijos y primos mayores cuiden a sus hermanitos menores.

Es claro que encontramos diferencias notables entre generaciones en cuanto al cuidado de los niños. Curiosamente, algunos abuelos que me han dicho que son “más machos que Jorge Negrete” también me han hablado de sus propios papeles en la crianza de sus hijos, sobre todo de los varones. En 40 entrevistas formales que he realizado hasta la fecha con hombres y mujeres de Santo Domingo, es común encontrar que el papel del papá con sus hijos varones incluye dos dimensiones. En primer

⁵ Véase también Lewis (1959); Rotney y Romney (1963).

lugar, estos hombres relatan que frecuentemente llevaban a los niños varones durante su "tiempo libre", sobre todo durante los fines de semana, cuando iban de compras o visitaban amigos. En segundo término, tenían la responsabilidad de enseñar a los hijos las habilidades técnicas necesarias que después les permitirían cumplir con sus responsabilidades masculinas de mantener económicamente a sus futuras familias.

Alejandra Sánchez, una madre de dos hijas adolescentes, está convencida de que la razón principal por la cual su esposo nunca ha tomado mucha responsabilidad en la crianza de ellas se debe a que no tienen hijos varones. Si hubieran tenido dos hijos hombres, se lamenta, el esposo habría tenido que "cumplir" y la vida para ella hubiera sido muy diferente. Las vecinas de Alejandra sienten que esa situación es bastante típica de las relaciones tradicionales entre las madres y los padres, y en ese sentido más excepcional es una comunidad que ha experimentado cambios innumerables en sus relaciones culturales, incluyendo los vínculos entre hombres y mujeres. No es posible confirmar si Alejandra tiene razón, pero es atinada su percepción de que con hijos varones su esposo irresponsable hubiera sido culturalmente inducido —si no obligado— a asumir responsabilidades masculinas previstas en la crianza de los hijos.

Las condiciones cambiantes en México, especialmente desde la crisis de 1982, han inducido otros cambios en amplios sectores de la población masculina. Entre los intelectuales de las clases medias, la crisis ha significado que a menudo no sea posible tener una "muchacha" tan frecuentemente como antes. Por eso, los hombres de este estrato cuidan a los hijos de manera más asidua que antes. La expresión "Estoy de Kramer" está ahora de moda entre algunos, recordando la película estadounidense, e indicando también las influencias de la cultura de Estados Unidos, en cuanto a los valores y las prácticas de la "familia moderna".

En síntesis, en el caso de la colonia Santo Domingo, es difícil concluir que la crianza de los hijos se identifica exclusivamente con las mujeres. En cierta medida y por varias razones, para numerosos hombres y mujeres, el ser padre en forma activa, consistente y a largo plazo, es un componente integral de lo que significa ser hombre.

Los machos ya no son como eran

No es extraño escuchar a mujeres y hombres en Santo Domingo decir que los hombres machistas ya no son tan predominantes hoy. Si algunos ancianos se inclinan a dividir el mundo de los hombres en dos, los machos y los mandilones, los varones jóvenes suelen definirse más como

miembros de una tercera categoría, los que no son ni machos ni mandilones. Mientras otras personas quizás definan a alguien como “el típico macho mexicano”, éste probablemente rechace tal atributo y explique que no le pega a su esposa en la casa (una de las pocas cosas acerca de la cual existe acuerdo, porque casi todos dicen que sí es un atributo de todos los machos). Lo más significativo no es simplemente cómo se definen los términos macho, machismo y machista—existe poco consenso sobre sus significados— sino que para los hombres del proletariado en Santo Domingo estos términos son expresiones despectivas. Teresita De Barbieri (1990), en un ensayo pionero, habla de las “posibles erosiones del machismo en México” al señalar específicamente la influencia del movimiento feminista en los últimos 20 años, tanto en sectores populares como en otras clases sociales. Creo que el cambio en la aceptación social de la expresión “machismo” entre los hombres de las clases populares puede ser vinculado, en gran parte, al movimiento feminista.

Aunque son muchos los varones en Santo Domingo que han (re)considerado los méritos relativos de ser macho, pocos han cambiado sus formas de referencia y pensamiento en relación con otro grupo de hombres, que para ellos se ubica fuera de la definición de la realidad masculina: los homosexuales. No puedo desarrollar aquí este tema extremadamente importante, pero quiero mencionar que la homosexualidad y la bisexualidad parecen ser practicadas mucho más de lo que se admite en Santo Domingo y en otros barrios del proletariado capitalino, aunque se utilizan apodos despectivos para referirse a los homosexuales y para identificar con esos apodos a hombres cobardes, políticos corruptos y otra gente menospreciada.

Los cambios socioculturales que involucran a las mujeres han impulsado a los hombres a pensar y a comportarse de diferente manera con respecto al machismo. Dichos cambios entre las mujeres han exigido reevaluaciones y transformaciones entre los varones, porque si ser mujer ya no está tan ligado con la maternidad, lo que significa ser hombre también debe ser redefinido. Como me explicó un soltero (sin hijos) de 27 años: “Para mí, tener muchos niños para probar que eres macho es una chingadera. Son ideas de hace cuatro décadas ya.” No todos estarán de acuerdo con esta periodización, pero su espíritu concentra sentimientos mucho más amplios de lo que le asigna el pensamiento popular—que los hombres mexicanos tengan que confirmar su virilidad por medio de la procreación.

En 1970, el número promedio de niños por mujer (de la población mayor de 12 años) en México fue 3.1, y en la ciudad de México, 2.6. En 1990, la cifra para la ciudad de México fue 2.0, mientras que para toda la

república había caído a 2.5.⁶ La disminución de las cifras de nacimientos en los últimos 20 años en México, y aún más en la capital, ha sido dramática (véanse los cuadros 3 y 4). Esta caída no implica necesariamente cambios radicales en las actitudes y en los comportamientos de los hombres en la crianza de los hijos, pero seguramente indica cambios en las prácticas culturales de las mujeres en un campo que ha sido identificado frecuentemente con las identidades de género de las mujeres.

Cuadro 3

Número promedio de niños nacidos vivos por mujer
(mayores de 12 años),
ciudad de México y Estados Unidos Mexicanos, 1970 y 1990

	1970	1990
México, D.F.	2.6	2.0
México	3.1	2.5

Fuentes: *IX Censo General de Población*, 1970, cuadro 30, pp. 509, 513. Secretaría de Industria y Comercio, Dirección General de Estadística; *XI Censo General de Población y Vivienda*, 1990, resumen general, cuadro 24, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, pp. 265, 273.

Cuadro 4

Número promedio de niños nacidos vivos por mujer
(mayores de 12 años), por quinquenales de edad,
ciudad de México y Estados Unidos Mexicanos, 1970 y 1990

	México, D.F.		México	
	1970	1990	1970	1990
De 20-24 años	1.0	0.6	1.4	0.9
De 25-29 años	2.4	1.4	3.1	2.0
De 30-34 años	3.7	2.1	4.6	3.0
De 35-39 años	4.7	2.7	5.7	3.9
De 40-44 años	5.2	3.3	6.3	4.7
De 45-49 años	5.2	4.0	6.3	5.5

Fuentes: *IX Censo General de Población*, 1970, cuadro 30, pp. 509, 513. Secretaría de Industria y Comercio, Dirección General de Estadística; *XI Censo General de Población y Vivienda*, 1990, resumen general, cuadro 24, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, pp. 265, 273.

⁶ Al no incluir a los hijos de las mujeres que ellas tendrán en el futuro, estas estadísticas no representan las tasas de fertilidad para estas áreas.

Otras indicaciones de los cambios en las identidades de género en Santo Domingo, especialmente en la última década, son el consumo de alcohol y la actividad sexual extramatrimonial de las mujeres. Aunque no existen datos confiables, hombres y mujeres del barrio relatan con uniformidad que son muchas más las mujeres hoy que toman alcohol y que “salen”. No hay acuerdo en si estos cambios son buenos o malos a largo plazo. A pesar de las diferentes opiniones individuales acerca de cómo las mujeres están modificando actualmente estas normas, los cambios han contribuido a iniciar discusiones animadas que parecen redefinir el significado de la igualdad entre mujeres y hombres.

En Santo Domingo, las mujeres son líderes “por naturaleza”

Aurora Muñoz, de la Estancia Infantil de San Bernabé, dice que las mujeres “tienden a ser líderes por naturaleza en Santo Domingo por las necesidades de la colonia”. Desde el principio, las mujeres asumieron un liderazgo en las luchas por el agua, y después por la luz, las escuelas y otras necesidades. Finalmente, en 1993, están haciendo hoyos en las calles para poner tubos de drenaje para las casas de esta comunidad de quizás 200 000 habitantes.

Las personas de tercera edad hablan con facilidad de las diferencias que existen entre la comunidad donde las mujeres son organizadoras y líderes comunitarias y aquellas en las cuales casi no salen de la casa. En contraste, los que han crecido en Santo Domingo tienen dificultad en imaginar una situación en la cual las mujeres no jueguen un papel central en las campañas políticas y protestas de la comunidad.

En este contexto, preguntar sobre las mujeres sumisas y abnegadas parece tan absurdo que llega hasta a provocar risas. No es que no la reconozcan; todos pueden ofrecer el ejemplo de una vecina o familiar a quien caracterizarían de esa forma. También es claro que la risa de desprecio de algunos hombres oculta una posición defensiva con respecto a su propio comportamiento frente a las mujeres. Sin embargo, cuando muchas personas identifican a la mujer sumisa como una reliquia de la provincia, de la migrante campesina, etc., también bastantes me expresan que ni siquiera es una descripción correcta de las mujeres en muchos pueblos del país.

Claro —me señala Manuel Ramos—, sí hay estas mujeres, y siempre han habido. Pero con todo el mundo cambiándose de un lugar a otro en los últimos 30 años, del campo a la ciudad, de México a EUA y de allá para

aquí, ¿tú piensas que todo va a quedar como antes entre los hombres y las mujeres? Imposible.⁷

Además, como me trató de explicar cuidadosamente Fidel Aguirre, técnico en un laboratorio fuera de la colonia:

El impacto de la mujer que trabaja no ha sido simplemente que ahora tienen su propia feria, sino que ya no depende tanto del hombre. También hay que ver que las mujeres ahora conocen a muchas gentes diferentes, de todas partes de la ciudad, de la república y hasta del mundo. Por su trabajo ellas han descubierto ideas y prácticas que las han cambiado para siempre. Eso ha necesitado que cambie el hombre también, porque si no lo hace, ya lo va a dejar la mujer. Te voy a decir, eso es lo que está pasando.

Con estos factores que han incidido en los cambios del paisaje sociocultural, hay otros que evidentemente contribuyeron mucho en el cuestionamiento y desafío de las relaciones de género en la colonia Santo Domingo. Tengo que mencionar, en especial, que ahora tanto la muchacha como el muchacho asisten a la escuela, al menos hasta los primeros años de la universidad, pues las expectativas de las mujeres sobre sí mismas (y, frecuentemente, de los padres con sus hijas, de maridos con sus esposas, etc.) son muy diferentes a las de las generaciones anteriores. Como otro ejemplo de cambios intergeneracionales puedo citar a un abuelito con ocho nietos, que me dijo que mientras nunca había cambiado ni un pañal de sus propios hijos, ahora lo ha aprendido para la siguiente generación. ¿Dónde lo había aprendido? En los programas de la iglesia. Los cursos de capacitación a los que asistieron los hombres, las instituciones del DIF y algunas iglesias de la colonia han logrado difundir este tipo de información necesaria e importante. Como es obvio, con respecto a las transformaciones culturales, nos queda mucho para entender mejor el impacto impresionante que ha tenido también la televisión sobre las relaciones entre hombres y mujeres de todos los sectores sociales en México.

Por último, cabe mencionar otra vez que el movimiento feminista, así como las luchas por los derechos humanos por parte de homosexuales y lesbianas, han tenido una influencia precisa, aunque más indirecta, sobre las autopercepciones de mujeres y hombres. Dicha influencia tiene

⁷ Otro amigo me describe la división del trabajo entre mujeres y hombres en su pueblito zapoteco de Oaxaca como "mucho, mucho más tajante" que en la ciudad de México. Lo importante aquí otra vez no es tanto si tiene razón o no, sino su sentimiento compartido con muchos residentes de Santo Domingo.

lugar en varios espacios, desde las trabajadoras de salud pública que han sido activas en la comunidad hace más de 10 años, hasta las revistas feministas que en el pasado alcanzaron un tiraje de miles de ejemplares en colonias populares de México.⁸

Los hombres cambiantes (o cambiando a los hombres)

En los años setenta y ochenta, precisamente el periodo en el cual surgió la colonia Santo Domingo, toda la sociedad mexicana experimentaba revueltas rápidas y extendidas. Éstas han afectado a la economía, los papeles de género, las luchas por las identidades étnicas, el desarrollo y el estancamiento regional, las catástrofes ecológicas, la migración internacional, la rebelión y la represión política. Durante buena parte del siglo XX en México, aun los pobres han tenido la idea de que su vida iba a mejorar. Ahora, muchos padecen el malestar posmodernista, al igual que innumerables personas en todo el mundo, tal como nos lo mostrara Roger Bartra (1987) en su *Jaula de la melancolía*.

Cada uno de estos factores socioculturales tiene su propio ritmo y trayectoria y no es claro, en el caso de las relaciones de género por ejemplo, hacia dónde van estos cambios. Pero a la vez que tenemos que ser particularmente prudentes en nuestro intento por analizar estos fenómenos, también debemos evitar la noción aún más debilitante, de que nada cambia en el mundo, en especial cuando se trata de la vida entre las mujeres y los hombres.

Los cambios en las actitudes y en el comportamiento de varones y mujeres en Santo Domingo son sentidos profundamente por los mismos actores sociales, lo cual evidentemente es parte de un proceso de transformación de las relaciones de género que está ocurriendo en muchos lugares de México. En este sentido, los cambios pueden ser relacionados con la importante problemática planteada por García Canclini en cuanto a la cultura popular y, en particular, como la entienden Bourdieu y Gramsci. Reconozco en algunos de los cambios en las actitudes y los comportamientos de hombres y mujeres ciertas “manifestaciones de la capacidad creadora de los pueblos”, que al mismo tiempo suceden “siempre dentro de la interacción contradictoria con los grupos hegemónicos” (García Canclini, 1989:233). Estos cambios tampoco son experimentados ni reconocidos de manera uniforme. La investigación etnográfica que he presentado aquí ha sido realizada, principalmente, en sectores de las

⁸ Agradezco a Teresita de Barbieri por esta última información.

clases populares y, de manera secundaria, entre comerciantes y profesionistas de la clase media en la ciudad de México.

Larissa Lomnitz y Marisol Pérez-Lizaur (1987) hicieron un estudio etnográfico de siete años acerca de una familia de la élite mexicana. Dado que el enfoque de su investigación destacó las redes de parentesco, sus conclusiones son muy pertinentes aquí. Escriben las autoras que, entre las élites,

la participación [del padre] en la crianza de los hijos es indirecta; a veces puede jugar con los niños pequeños, o cuando son más grandes, introducir paulatinamente a sus hijos varones a ciertos aspectos del mundo masculino. La crianza infantil es responsabilidad directa y formal de la madre (1987:210).⁹

Para muchos padres en Santo Domingo, este análisis simplemente no es apropiado. No es suficiente notar que las mujeres en ambas clases sociales tienen más responsabilidades en la crianza de los hijos. Si sólo nos limitáramos a ello, no comprenderíamos las enormes diferencias de contenido de ser padre en cada contexto. Muchos padres en Santo Domingo parecen serlo más integralmente a lo largo de todas las etapas de la vida de sus hijos, aunque en la práctica seguramente estén presentes sobre todo en las tardes y los fines de semana, con frecuencia más con los hijos hombres que con las hijas, y más con los niños mayores de tres o cuatro años. Pero además de una diferencia cuantitativa, basada en cálculos de tiempo compartido con los hijos, muchos hombres de las colonias populares definen su propia masculinidad y la de otros en relación con su papel activo en la crianza de los niños.

Es una ilustración de lo que Erik Erikson (1950) —que inventó el término “identidad” en los estudios psicológicos hace décadas— anotaba acerca de las características de la identidad. Una identidad siempre es relativa a otra, debe ser entendida como proceso y no algo fijo, y, especialmente como Erikson lo desarrolló después, la relación entre la identidad y la historia es fundamental. Con respecto a esto último, creo que la idea de “confusión de identidad” (véase Erikson, 1968), aunque aplicada originalmente a los perfiles psicológicos, tiene gran poder explicativo cuando consideramos las identidades masculinas cambiantes en una sociedad como la del México actual. Quizás también sea eficaz usar el modelo de Victor Turner (1974) y hablar del momento histórico en las

⁹ Véase también Arizpe (1989) para otra descripción detallada y un análisis claro de las diferencias en las relaciones de género en distintas clases sociales en Zamora, Michoacán.

relaciones de género como una época *liminal* por la cual están pasando muchos. En México entero, y sobre todo en lugares específicos como Santo Domingo, la diferenciación entre lo que significa ser hombre (y no mujer, por ejemplo) puede ser menos clara hoy que nunca.

Los desarrollos y las transformaciones en la colonia Santo Domingo no manifiestan un florecimiento repentino de una igualdad plena, de una cooperación total, ni un respeto mutuo en las relaciones de género. Sin embargo, como parte de la sociedad y por ciertas condiciones específicas de esta comunidad autoconstruida, los estereotipos populares sobre el "macho mexicano" son hoy inadecuados. También son engañosos, si a partir de estos estereotipos quisiéramos entender a sectores amplios de los hombres en esta zona, saber cómo piensan acerca de sí mismos, de cómo son vistos por las mujeres con quienes comparten la vida, su historia y su futuro.

Recibido en junio de 1993

Revisado en junio de 1993

Correspondencia: University of California/Department of Anthropology/
Berkeley, California 94720/USA.

Bibliografía

- Arizpe, Lourdes (1989), *Cultura y desarrollo: una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana*, México, Porrúa/ Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bartra, Roger (1987), *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo.
- Brandes, Stanley H. (1988), *Power and Persuasion: Fiestas and Social Control in Rural Mexico*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Chodorow, Nancy (1978), *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, University of California Press.
- De Barbieri, Teresita (1990), "Sobre géneros, prácticas y valores: notas acerca de posibles erosiones del machismo en México", en Juan Manuel Ramírez Sáenz, *Normas y prácticas morales y cívicas en la vida cotidiana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Erikson, Erik (1950), *Childhood and Society*, Nueva York, W.W. Norton.
- _____ (1968), *Identity, Youth, and Crisis*, Nueva York, W.W. Norton.
- García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira (1982), *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México.

- García Canclini, Néstor (1989), *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo.
- Gilmore, David (1990), *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*, New Haven, Yale University Press.
- Jameson, Fredric (1984), "Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism", *New Left Review*, 146, pp. 53-92.
- Lewis, Oscar (1951), *Life in a Mexican Village: Tepoztlan Restudied*, Urbana, University of Illinois Press.
- _____ (1959), *Five Families: Mexican Case Studies in the Culture of Poverty*, Nueva York, Basic Books.
- Lomnitz, Larissa y Marisol Pérez-Lizaur (1987), *A Mexican Elite Family: 1820-1980*, Princeton, Princeton University Press.
- Mead, Margaret (1975), *Male and Female: A Study of the Sexes in a Changing World*, Nueva York, Morrow.
- Mernissi, Fatima (1987), *Beyond the Veil: Male-Female Dynamics in a Modern Muslim Society*, Bloomington, University of Indiana Press.
- Paz, Octavio (1992), *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ramos, Samuel (1992), *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa-Calpe.
- Romney, Kimball y Romaine Romney (1963), "The Mixtecanos of Juxtlahuaca, Mexico", en Beatrice Whiting (ed.), *Six Cultures: Studies in Child Rearing*, Nueva York, John Wiley.
- Ruddick, Sara (1989), *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace*, Boston, Beacon.
- Stevens, Evelyn (1973), "Marianismo", en Ann Pescatello (ed.), *Male and Female in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Turner, Victor (1974), *Dramas, Fields and Metaphors: Symbolic Action in Human Society*, Ithaca, Cornell University Press.